

CATALOGADO

LA POESIA GUATEMALTECA CONTEMPORANEA

Por Raúl Leiva.

Poeta y escritor. Fundador de la Revista de Guatemala. Ha publicado: "Danza para Cuathémoc", "Nunca el Olvido", "Mundo Indígena", "Los Sentidos y el Mundo" y muchos otros libros de poesía. La Universidad Nacional Autónoma de México le ha editado recientemente: "Ensayo de la Poesía Mexicana", con el cual se amplía su numerosa producción en prosa.

A principios del siglo XX todavía dominaba en América la influencia del movimiento Modernista, el cual se caracterizó —dentro los ámbitos de la poesía en lengua española— por rendirle culto despiadado a la forma, lo que le permitió (al ser influidos sus poetas por las literaturas europeas), renovar el verso y la prosa, tanto en extensión como en profundidad. Rubén Darío, la figura principal de ese movimiento que contó con tantos poetas de primer orden, muere en el año 1916, cuando ya se dejaba sentir el cansancio por dichas formas de expresión, las cuales se habían reducido, al volverse *académica*, a meras sonoridades superficiales, a meros halagos al color y a la música (al decir de Dámaso Alonso); o al amor excesivo por el mundo externo, falto de íntima intimidad, como lo señaló, certeramente, Pedro Henríquez Ureña.

La reacción contra este modo de entender la poesía se comenzó a notar, en España, con el hondo y esencial lirismo de Antonio Machado (heredero de la mejor tradición y de las graves conquistas becquerianas) y, en América, concretamente en México, con la poesía de Enrique González Martínez y Ramón López Velarde, los cuales orientaban su obra hacia la revelación de la vida interior, hacia el descubrimiento del "alma de las cosas".

Por estas fechas (segunda década del siglo XX) el chileno Vicente Huidobro intenta su "creacionismo", movimiento que desea la creación de realidades poéticas nuevas, las cuales surjan del espíritu y no del mundo que nos rodea. Tanto el "futurismo" de Marinetti como el posterior surrealismo, productos literarios de la primera guerra mundial, están muy cerca de la estética de Huidobro. Más que propugnar

por un automatismo poético, regido por lo subconsciente, el poeta creacionista preconiza el dominio sobre la palabra. Ya la realidad exterior no le basta: se orienta, entonces, a la creación de una propia realidad interna. En esto, nos parece, coincide con Machado y, acaso, con González Martínez.

En México, a principios de la tercera década de este siglo, irrumpen los "estridentistas", cuya figura principal fue Manuel Maples Arce. Este grupo tuvo una intención revolucionaria que, por falta de madurez en sus integrantes, no llegó a consolidarse en una obra perdurable. Los desahogos verbales del "futurismo" europeo de Marinetti influyeron en estos jóvenes que pugnaban por crear un "arte nuevo" sin contar con que lo intentaban en un ámbito distinto y que con sus actitudes sólo escandalizaban el ambiente todavía provinciano del México de los años veinte.

La primera guerra mundial había desatado una era de irracionalismo en la poesía: se rompió el collar de las metáforas simbolistas (como lo ha dicho Anderson Imbert) para que cada una rodara por su lado, como una perla suelta. Esta guerra mundial "exacerbó a todos. La inestabilidad de la civilización, el poder de la violencia política, el desprecio al hombre, el sentimiento del absurdo de la existencia y aun del mundo, el desengaño ante las pretensiones de seriedad del arte pasado produjeron una erupción de expresiones incoherentes" (estamos citando la página 314 de la *Historia de la literatura hispanoamericana*, del mencionado Anderson Imbert). El estridentismo y otros ismos que brotaron entonces en el ámbito hispanoamericano fueron consecuencia directa de esos aires europeos llegados hasta nosotros con algún retraso. Si los surrealistas rechazaban la inteligencia lógica en la armazón del poema, los estudentistas cifraron sus mayores conquistas en cierto maquinismo verbal, como lo he expresado ya en mi obra *Imagen de la poesía mexicana contemporánea*.

El ultraísmo de Guillermo de Torre, de cepa española, fue transplantado a la Argentina por Jorge Luis Borges. Posteriormente, este gran escritor abandonó completamente estos juegos juveniles. Hermanos ideológicos del ultraísmo fueron el ya mencionado creacionismo huidobriano, el vanguardismo, el postumismo, etcétera. Todos estos ismos fueron la semilla para el posterior surgimiento de dos de los más grandes poetas americanos de nuestro tiempo: Pablo Neruda, chileno, y César Vallejo, peruano. El primer Neruda conquista los públicos hispanoamericanos y españoles con sus apasionados poemas de amor; más tarde, reafirma sus triunfos con la etapa de *Residencia en*

la tierra, en donde se muestra como un maduro cantor del caos y de las fuerzas desatadas del mundo. Con Vallejo aflora una poesía mestiza, antiretórica (es decir, esencialmente antimodernista) en donde con un realismo mágico, hecho de impensadas analogías, elevó su voz a los más altos planos del arte. Su poesía está habitada por un gran impulso de solidaridad humana, el cual lo llevó más tarde a la rebelión política. Uno de sus críticos ha dicho que libertó a la poesía de la sintaxis y de la lógica, sin que por eso perdiera su honda calidad humana. "La guerra civil española de 1936 le arrancó sus *Poemas humanos*, que se publicaron póstumamente en 1939. La antigua piedad por los desdichados ahora se hace acción; la antigua desolación, combate esperanzado". El gran poeta murió en París, prácticamente de hambre, en 1938.

En Guatemala, mi país, durante las dos primeras décadas del siglo la influencia más notoria es la de Rubén Darío, quien durante dos distintas etapas de su vida vivió dentro nuestro ámbito nacional. Allá fundó *El correo de la tarde*, en unión de varios distinguidos escritores nuestros. También se dejó sentir en Guatemala la influencia del peruano José Santos Chocano, aunque en menor grado. De esa época recordamos (merecen recordarse, más bien) dos poetas: Rafael Arévalo Martínez y Carlos Wyld Ospina. El atuendo modernista domina en la obra de estos dos líricos. Le rinden culto a un sentimiento aristocrático, desdeñoso de la realidad político-social de su tiempo. Les acoquina un afán de perfección formal. Por una aparente paradoja, las obras que les han concedido mayor fama a estos dos escritores están escritas en prosa: *El hombre que parecía un caballo*, del primero; y *La tierra de las Nahuyacas*, del segundo.

En la tercera década, al igual que en México, surgen en Guatemala dos poetas de gran significación: Miguel Angel Asturias y Luis Cardoza y Aragón. Con ellos nace prácticamente la poesía contemporánea. Ambos vivieron durante largos años en París y empararon sus espíritus con los jugos más altos de la cultura europea. A la vez, desde Europa, supieron descubrir nuestras raíces más hondas, las que emergen de lo precolombino, señoreado por el gran árbol lírico del Popol-Vuh.

Miguel Angel Asturias es uno de los poetas más intensos de Guatemala. En él predomina lo corpóreo, las formas clásicas depuradas; en suma: el sentido de lo visual y aéreo. Descubre nuestra tierra en sus esencias íntimas y la eleva a hecho lírico con su tropical embriaguez. Su mundo imaginativo siempre está buscando, buceando

insólitas correspondencias y sutiles analogías con la realidad. Su sentido lírico se orienta a lo mineral y vegetal y allí se mueve con soltura, con desenfado de verdadero hijo de nuestra América Indígena. En su poesía vemos el juego y rejuego de las formas. Rigor expresivo. Sentidos ávidos que extraen de su lucha con el mundo los materiales con los que edifica y sostiene su orbe poético. Gran poeta de tono menor, lírico intransferible de una ciudad pequeña, a pesar de sus andanzas por varios continentes, siempre es dueño del matiz especial, de la nota fresca y vaporosa para dar la pincelada que nos descubre un recodo de su mundo, de su Guatemala natal, de su parentesco esencial con la tierra, con sus gentes, con sus sensaciones abandonadas para que, cuando vuelve como un hijo pródigo, se le abran nuevamente con sorpresa y virginidad.

En su obra *Sien de alondra* (publicada por la editorial Argos de Buenos Aires en 1948), Miguel Angel Asturias reunió lo más valioso de su obra lírica. En este volumen se muestra la lucha que ha librado el poeta a través de los años con la poesía. Sus poemas de juventud ya nos daban la medida de su fuerza: cantos minerales, nutridos de antiguo y clásico sabor, tanto por la forma rígida como por el acento oscuro de que iban vestidos. Estos cantos, al cabo de los años, no han perdido sino aumentado su sabor térreo, su frescura. Luego, Europa. Allí vivió el poeta intensos años de trabajo creador. Allí publicó sus célebres *Leyendas de Guatemala*. Estas leyendas le ganaron merecido prestigio a su autor. La forma novedosa con que Asturias trabaja algunos temas guatemaltecos, mayas, su manera de rehacerlos, de inventarlos, dándoles una nueva y mágica dimensión, tenía que suscitar admiración entre los grupos de intelectuales europeos que siguen con atención el desarrollo de las letras y la poesía americanas. Paul Valéry, con intuición profunda, se refirió a estas leyendas diciendo que le dejaban una impresión de "historias-sueños-poemas". El mítico mundo maya sirve de escenario a estas narraciones alimentadas por la más pura fantasía. Magia, invención, recreación de mitos y símbolos, aventura perenne del hombre sobre una tierra florecida de plantas y animales maravillosos. Estas *Leyendas de Guatemala* son el henchido fruto de la nostalgia de un poeta americano en Europa; recrea en el sueño, en la obra de arte, el recuerdo, el tiempo perdido de la niñez. Casi a los treinta años de su primera edición europea, esta obra (posteriormente traducida al francés, italiano, alemán e inglés) continúa conservando su frescor.

Luis Cardoza y Aragón es uno de los casos más peculiares y

universales de la poesía contemporánea de Guatemala. Nace en la ciudad de Antigua y muy joven marcha a Europa. Se radica en París y allí las influencias más puras y decisivas de la poesía francesa posterior a la primera guerra mundial hallan en él, en su mente americana y despierta, las más hondas resonancias. Su poesía, nutrida de absoluto, de embriagante raíz terrestre, nos da el testimonio de su experiencia apasionada. "La poesía desde la eternidad vuela sobre las cosas". El poeta "torre de Dios" la rescata para los demás mortales por medio de su gracia o desgracia cósmica, de su destino fatal o bienaventurado. Dentro de las medianías poéticas de centroamérica, el caso lírico de Luis Cardoza y Aragón es excepcional: no es poeta de álbum ni de juegos florales; es poeta consciente de su destino, dilucidador ambicioso de su tentativa onírica, de su sed de infinito. Como poeta participa de la función altamente humana de la poesía: la reanima de pasión, la agita de alientos vitales.

Cardoza y Aragón acusa en su obra lírica una clara y bien definida influencia de Baudelaire. Ya sabemos que Baudelaire —su influencia benéfica— está presente en el acento más puro y leal del lirismo contemporáneo. Importantes críticos contemporáneos han escrito extensamente sobre este tema apasionante. Baudelaire (nutrido en parte por el espíritu de Edgar Allan Poe, extraordinario ser gemelo al suyo tanto por su terrible lucidez como por su vida desventurada) es uno de los poetas cuya influencia crece y se hace más notoria a medida que aumenta el tiempo transcurrido desde su muerte terrena. Xavier Villaurrutia —él mismo apasionado baudelairano— expresó estas ideas sobre Cardoza y Aragón: "Joven sagitario armado de agudas, certeras flechas que lanzaba al cielo de lo imposible para herir en lo inexplorado", desde su temprana aparición en las letras, Luis Cardoza y Aragón se destacó por una decidida voluntad de novedad. Las luces e iluminaciones de *Luna Park*; el vértigo que siempre gustó de provocar para abandonarse y perderse, para encontrarse y encontrar imágenes inéditas, líquidas vetas preciosas y fugaces, víctima y superviviente, espectador y espectáculo de un *Maelstrom* envolvente; la irresistible tentación del espíritu y de los sentidos, y el abandono a las influencias más seductoras de la poesía moderna, las más peligrosas también y de las que sólo los espíritus dignos de salvarse regresan con un caudal de experiencias entre las que el placer de entregarse y perderse otra vez no es la experiencia menos valiosa, han sido aventuras de este temperamento dispuesto siempre a una nueva aventura".

Cardoza y Aragón vive para la poesía. Claramente ha insistido

sobre ello. No se puede vivir de la poesía —ha dicho—; hay que vivir para ella. La poesía, en él, constituye el principio y el fin del universo. Así es en verdad para todo auténtico poeta. El ha enfatizado esa posición, al decir que la poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre. Entre más cercanas estén las artes todas a la poesía, mayor será su perfección. La poesía nació con el hombre. Con él morirá. Mientras la poesía exista, la esperanza de una vida mejor alentará en el corazón del hombre. En una edad remota —como ya lo hemos visto—, el hombre vivió en un estado de gracia poética. Ese estado —primitivo, mágico, vegetal— se ha perdido insensiblemente a medida que la sociedad y la técnica se han perfeccionado, invadiendo la intimidad humana. El hombre contemporáneo ha perdido sus antiguos mitos. El poeta, al personificar lo más puro del hombre, se halla como náufago ante una sociedad que le es hostil. La sociedad capitalista que gobierna en nuestro tiempo al llamado “mundo libre” sabe que en todo poeta existe un enemigo en potencia, oculto o declarado. Como tal le trata. Sabe que el poeta no podía comulgar nunca con la barbarie organizada, con un estado de cosas que el capitalismo ha hecho posible sobre la tierra. Saben que el poeta ama al pueblo, como que de ahí emerge; saben que él se duele más que nadie en el mundo de la condición inferior, zoológica y humillante en que ha sido colocada la masa, la mayoría de los hombres, sin esperanza de regeneración. Por eso, los enemigos del hombre y de la cultura tratan por medio de todas las medidas de represión imaginables, de también a él, al poeta, mantenerle sumido en una miserable esclavitud, de la que él, afortunadamente, si es poeta de verdad, sabrá libertarse. Luis Cardoza y Aragón, como poeta, anuncia una edad próxima, futura, en la que el hombre desamparado de hoy sea capaz de vivir para la poesía. No se trata —ha expresado— de llevar el arte a las masas, sino de llevar las masas hacia el arte. Cuando esto suceda, un nuevo tiempo se habrá iniciado para la humanidad. En alguna vasta región del mundo esa tarea ya se ha emprendido. La poesía es libertad. Ninguna fuerza es más libertadora que ella. Los poetas tenemos por delante una gran labor: interesar al pueblo por la poesía, conducirle hacia su escuela de perfección.¹

(1) Otro poeta importante de la generación de 1920 es César Brañas. Para nosotros, su poema más importante es la elegía paterna intitulada *Viento negro*. La primera edición se publicó en Guatemala en 1938; la segunda, veinte años después, en 1958. La elegía es un extenso canto —dividido en diez partes— en donde se expresa la conmoción interna, el vivo dolor que le provocó al poeta la muerte de su padre. Como lo hemos expresado en otra parte, pocos cantos existen en lengua española que estén agitados por tan hondos y sostenidos trenos. La voz lírica de Brañas se desgasta ante la desaparición física del ser paterno y crea una atmósfera poética de mágica sugestión. El cantor de *Viento negro* ha sabido (como Jorge Manrique y otros grandes líricos peninsulares y americanos) sumergirse en esa zona oscura del dolor humano y, de su diálogo, de su comunicación con la angustia surgieron de su voz desgarrada estos versos henchidos de acrisolada ternura.

Nuestra generación surge en Guatemala en el año de 1940. Pugnamos porque el intelectual se realizase fusionando la función política y la literaria. Tratamos de crear un arte directo, combatiente, que le revelara a nuestro pueblo la grandeza de nuestra tradición indígena y española, poniendo el énfasis sobre lo precolombino que supo legarnos obras de la altura del Popol Vuh, del Chilam Balan, del Rabinal Achí. En ese sentido continuamos las directrices artísticas señaladas por Miguel Angel Asturias en *Leyendas de Guatemala*. Lo indígena lo sentíamos desde *dentro*, en la sangre, dominando en la vertiente de nuestro mestizaje. Esas preocupaciones colman las páginas de algunos de nuestros libros: *Mundo Indígena*, *Oda a Guatemala*, *Danza para Cuauhtémoc*, etcétera.

El Grupo *Acento* —más tarde fusionado con Saker-TI— lo integramos Enrique Juárez Toledo, Guillermo Noriega Morales, Carlos Illescas, Otto Raúl González, Augusto Monterroso, Huberto Alvarado, Melvin René Barahona, Rafael Sosa y el que esto escribe. Lo mejor de nuestra poesía y de otras creaciones literarias, como el cuento y el ensayo, (al igual que la generación última de México, de España y de muchos de nuestros países latinoamericanos) constituye una protesta contra la soledad, contra el *laisse-faire* individualista, liberal y pequeño-burgués que nutrió la poesía de casi todos los poetas y escritores anteriores. Nosotros —como la mayoría de poetas de nuestra generación en lengua española— hemos manejado en nuestra poesía temas de actualidad palpitante (la solidaridad humana, la paz, el problema indígena, los motivos de la lucha de clases, la justicia, la libertad, etcétera), escapándonos, así, a la delimitación casi estrictamente amorosa de los poetas que nos precedieron en este azaroso siglo XX. Hemos expresado en nuestro lirismo el conflicto del mestizaje, la batalla ideológica de nuestro tiempo, pues tomamos lugar al lado de las fuerzas revolucionarias, colectivas, las que vienen condicionando cada vez

*El gran viento luctuoso viene de las pampas del sueño,
De los eriales de la angustia,
De los desiertos desnudos como jóvenes sombríos
Al suicidio predispuestos, del dolor evadidos*

En las sucesivas partes que organizan hermosamente este poema, César Brañas continúa expresando la dolorida circunstancia de su pesar, de su agonizar de joven luctuoso, desdeñado y desdeñante de la realidad. Su voz se estremece, se arrebata, estalla en parábolas de luz y en ramalazos de pasión enardecida, para confiarnos su experiencia. Y cuando describe la presencia última de su padre, cuando le da la postrera mirada y lo fija para siempre en su recuerdo, quieto y sereno en el lecho mortuario, consigue fijar las palabras, orquestarlas en un ritmo de serenidad y dolorida tensión.

¿Qué diremos, en síntesis, sobre este bello poema? Es una elegía admirable, un testimonio vivo y sangrante de un gran amor que se rebela ante las fuerzas disgregadoras de la muerte. Su autor, César Brañas, es uno de los poetas más intensos de la Guatemala contemporánea, la que ha producido escritores tan valiosos como Miguel Angel Asturias y Luis Cardoza y Aragón. Brañas es tan importante como los nombrados, pero, infelizmente, no ha vivido, viajado ni divulgado su obra fuera de las fronteras patrias para que así su creación literaria obtenga la justa resonancia que merece. Ha sido un trabajador permanente del verso y de la prosa y cuenta ya con una extensa bibliografía que da testimonio de su entrañable vocación poética y de sus amplios afanes en el mundo de la cultura.

más notoriamente a nuestra época. Antes que estáticos contempladores de la realidad, tomamos partido al lado del pueblo, engrosando con nuestra voz poética las fuerzas del socialismo que pugnan en la actualidad por crear un arte colectivo, de profunda intención social, el cual, al arrasar y echar a pique las últimas torres del antepuñismo, sea cimiento de una nueva era de humanismo auténtico. Contra lo cifrado y críptico que fue una de las preocupaciones de las generaciones anteriores, nosotros oponemos una limpia serenidad expresiva que sea capaz de establecer el diálogo con los hombres de nuestro tiempo.

Nosotros estamos en completo acuerdo con la más reciente generación peninsular, la que, por boca de uno de sus integrantes, Juan Fernández Figueroa, director de la revista *Índice*, de Madrid, expresó recientemente en México que ellos están en contra de la estética individualista y minoritaria de Juan Ramón Jiménez y seguidores, los que dedicaban sus obras a "la inmensa minoría". Hoy, en cambio, como lo expresó Fernández Figueroa y como ya lo ha dicho también con todo énfasis uno de los grandes poetas jóvenes, Blas de Otero, preocupa a la intelectualidad española entrar en contacto con la "inmensa mayoría".

Más que un arte abstracto, individualista y solitario, los españoles y algunos hispanoamericanos estamos creando un mensaje estético que se realiza en los demás, en la masa, en el pueblo. Ese es el signo más importante de nuestro tiempo. A eso se debe que Juan Ramón Jiménez no influya mayor cosa en la poesía de lengua española contemporánea. En cambio, la lírica grave, esencial y humanísima de Antonio Machado cada día que transcurre cuenta con nuevos y apasionados adeptos.

Expresó Fernández Figueroa que la cultura no debe aspirar solamente a la libertad, sino también a la justicia. ¿De qué sirve que la minoría intelectual sea más o menos libre si su pueblo, la gran mayoría, padece esclavitud, discriminaciones, atropellos y pobreza? Lo individual debe dejar de ser preocupación del intelectual: su interés debe centrarse en lo colectivo. El intelectual homado de nuestro tiempo debe pugnar porque se realice en la tierra la justicia de la libertad común. La cultura, la poesía, el arte todo, deben proletarianizarse; es decir, hacerse realidad no en unos pocos sino en la mayoría. En eso estamos.

Otto Raúl González publicó en 1943, en Guatemala, una *plaque* intitulada: *Voz y voto del geranio*. En este poema, además de

sus valores propiamente literarios, existía el mérito político de enfrentarse a la dictadura de Jorge Ubico a través de cantos que expresaban con sinceridad el dolor del pueblo aherrojado. Más tarde este poeta publicó aquí en México otros dos libros: *A fuego lento* (1946), y *Sombras era* (1948). Posteriormente, en Guatemala, dio a conocer otro libro: *Viento claro*, en donde poetizó sus experiencias de un viaje por las democracias populares. Luego, durante su destierro en el Ecuador, editó otro poemario: *Los bosques de Guatemala*.

Enrique Juárez Toledo es otro de los poetas del Grupo *Acento*. Sus libros principales son *Para morir contento*, publicado en Guatemala en 1949, y *Dianas para la vida*, cantos de intención social escritos en su destierro de Buenos Aires. En los poemas de Juárez Toledo se nota inmediatamente la madera autobiográfica con que están contruidos. Se expresa en ellos un drama íntimo y, por lo tanto, apto para llegar al alma universal del pueblo.

Los otros jóvenes poetas que habíamos mencionado (Huberto Alvarado, Melvin René Barahona y Rafael Sosa) se han preocupado de construir una poesía en donde los valores sociales predominan sobre otros, Carlos Illescas, tan reacio a publicar sus trabajos, dio a conocer en este año sus admirables tercetos reunidos en *Friso de otoño*, editado en los Cuadernos de Unicornio. Prepara en la actualidad un tomo en donde presentará varios estadios de su obra reunidos bajo el título de *Ejercicios*. En ellos, además de la perfección formal, impresiona la honda calidad lírica conseguida con espontaneidad.

Ligadas a Guatemala por la poesía y por sus hijos están las mujeres-poetas Alaíde Foppa y Lilliam Jiménez. La primera publicó en México, en 1958, su poemario *Los dedos de mi mano*, en donde ofrece una poesía bien cincelada y ardida de vehemente amor maternal. La cultura clásica de la autora, su conocimiento de varias lenguas europeas, hace que sus cantos sean verdaderas obras de arte, pues sabe escapar —lúcida, serena— de los lugares comunes que proliferan en los cantos de la mayoría de las poetisas que escriben poemas de esta índole.

Por su parte, Lilliam Jiménez también ha escrito poemas maternales de sabor hondo y humano. En ella, sin embargo, predominan los temas sociales y revolucionarios, como se comprueba en su libro *Sinfonía popular*. En el prefacio para dicha obra ella ha escrito. "Nosotros, los poetas que vemos crecer un nuevo humanismo que abarca las aspiraciones comunes, estamos en el deber de sumergirnos en las

aguas de nuestro pueblo, para que nuestra voz adquiriera el valor de una verdad permanente. Nosotros, los poetas, que con la palabra vamos creando formas, colores, imágenes y sueños, estamos en el deber de hacer nuestra palabra cada vez más clara, más diáfana, para que golpee como relámpago en la conciencia de cada hombre”.

Lilliam Jiménez había publicado antes, en 1955, en México, su libro de poemas *Tu nombre, Guatemala*, en el que dejó testimonio de la lucha del pueblo guatemalteco por la libertad y la justicia. Y, asimismo, su repudio a los traidores que hicieron posible la intervención extranjera en nuestro país.

El último poeta al que nos vamos a referir en esta panorámica sobre la poesía contemporánea de Guatemala es Antonio Brañas. El formó parte, inicialmente del Grupo *Acento*. Sin embargo, pronto se alejó de sus filas y transcurrieron más de diez años sin que publicara poesía. Por eso mismo, fue una grata sorpresa para nosotros recibir, aquí en México, en 1958, su libro de poemas *Isla en mis manos*. Los años de voluntario alejamiento de los círculos literarios le fueron útiles a Antonio Brañas para madurar lentamente su obra poética. Los veinticinco poemas que componen su libro viven en una suave atmósfera de hechizo, de encantamiento conseguido por medio de una serena y limpia tonalidad lírica que se conmueve ante el amor y el paisaje, pues estos son los temas predilectos del poeta.

Hemos seleccionado un poema de Miguel Angel Asturias para ponerle punto final a estas notas. El canto se intitula: *Tecún-Umán* y es uno de los más característicos del gran poeta. La influencia del mundo maya, tan presente en la lírica guatemalteca, se muestra aquí en toda su pujanza y esplendor alucinante. La atmósfera, el color, el ritmo, las sucesivas onomatopeyas y paralelismos, tan comunes en la poesía indígena, los utiliza aquí el poeta con sabia maestría. Todo esto lo bebió Asturias en los ancestros, en la realidad estallante y viva de Guatemala.

TECUN-UMAN

(fragmento)

*TECUN-Umán, el de las torres verdes,
el de las altas torres verdes, verdes,
el de las torres verdes, verdes, verdes,
y en fila india indios, indios, indios*

*incontables como cien mil zompopos:
diez mil de flecha en pie de nube, mil
de honda en pie de chopo, siete mil
cerbataneros y mil filos de hacha
en cada cumbre ala de mariposa
caída en hormiguero de guerreros.*

*Tecún-Umán, el de las plumas verdes,
el de las largas plumas verdes, verdes,
el de las plumas verdes, verdes, verdes,
verdes, verdes, Quetzal de varios frentes
y movibles alas en la batalla,
en el aporreo de las mazorcas
de hombres de maíz que se desgranar
picoteados por pájaros de fuego,
en red de muerte entre las piedras sueltas.*

*Quetzalumán, el de las alas verdes
y larga cola verde, verde, verde,
verdes flechas verdes desde las torres
verdes, tatuado de tatuajes verdes.*

*Tecún-Umán el de los atabales,
ruido tributario de la tempestad
en seco de los tambores, cuero
de tamborón medio ternero, cuero
de tamborón que lleva cuero, cuero
adentro, cuero en medio, cuero afuera,
cuero de tamborón, bón, bón, borón, bón,*

*Las astas de las lanzas con metales
preciosos en victoria de relámpago
y los penachos despenicados
entre los estandartes de las tunas
y el desmoronamiento de la tierra
nublada y los lagos que apedrean
con el tun de los tumbos sin espuma.
¡Tecún-Uman! Silencio en rama...
Máscara de la noche agujereada...
Tortilla de ceniza y plumas muertas
en los agarraderos de la sombra,*

*más allá de la tiniebla, en la tiniebla
y bajo la tiniebla sin curación.
El Gavilán de Extremadura, uñas,
armadura y longinada lanza...*

*¿A quién llamar sin agua en las pupilas?
En las orejas de los caracoles sin viento,
a quien llamar..., a quien llamar...
¡Tecún-Umán! ¡Quetzalumán!*